



Índice

Primera Página

Exégesis

Notas para la Homilía

Para la oración

La misa de hoy

Cantos

Dios habla

Primera Página

Todos tenemos algo de la religiosidad del letrado que disgustaba a Jesús

Jesús contrapone hoy dos formas de estar en una religión, censurando una y alabando otra. Ninguno de nosotros somos hoy letrados o pobres viudas, no obstante, podemos identificarnos, con uno u otra, o mejor reconocer de qué rasgos participamos, lo más seguro es que tengamos de ambos. En nuestra mano está hoy, pensarnos, identificar sin engañarnos qué de letrado tengo, y sonreír ante lo que pueda participar con la fe de la pobre viuda. En este caminar del crecimiento en la fe, tan malo sería pavonearme de los rasgos que tengo de la fe discreta de la viuda, como ocultarme los rasgos del letrado. Es importante desvelarnos lo impuro, no inflar nuestro ego con lo puro que practiquemos y ponerlo todo en manos de Dios.

En este caminar no se trata tanto de luchar contra lo que identifico como contrario a lo que Jesús propuso, puesto que también en esa lucha el ego obtiene recompensas, sino más bien de ofrecer en las manos de Dios mi corazón con sus oscuridades y luces, ofrecer mis sombras para que él, cuando pueda y cómo pueda, las vaya puliendo, y también mis logros que beben de su fuente, que son algo más que mérito propio. Esto forma parte de nuestros intentos de caminar humildemente con mi Dios, practicar la justicia y amar la bondad y la misericordia. (Miq 6,8).

Jesús censura la espiritualidad vanidosa, de quienes viven hacia fuera, esperan el aplauso de otros, actúan, aunque sea en lo privado, para ser reconocidos, se buscan a si mismos y satisfacen la sed de su ego, queriendo acumular puntos para su propia salvación, como si la salvación no fuera un don gratuito del corazón inmenso de nuestro Padre-Madre-Dios, como si seguir a Jesús fuera ganar en un ranking insano de actividades buenistas para el aplauso de otros creyentes y/o la gratitud del receptor. Una fe que no acaba de ser personal, entre Dios y cada creyente, que no bebe de la gratuidad del amor que Dios siente por nosotros. Es además una religiosidad que no construye comunidad, sino posiciones entre los creyentes, niveles, con gente que está arriba y tiene poder, que decide que hacen los demás, qué está bien y

qué está mal, gente pulcra que parece limpia, pero no es pura, puesto que la suciedad, que todos tenemos, no es reconocida, negando así la necesidad del mismo perdón que el resto. Quienes más dañados están por esta religiosidad huyen de mirarse en un espejo honesto que revele quienes son, para evitar ver que requieren la ayuda del Espíritu para avanzar cada día hacia él. En lo comunitario, miran engreídos por encima del hombro, no hay fraternidad que construir con ellos, puesto nunca nos muestran quienes son, ni alcanzamos la mayoría de los demás al nivel de poder ser amigos, hermanos, iguales.

Jesús enfrenta dicha religiosidad, a la de una viuda pobre, que echa una pequeña ofrenda para los ojos del templo, pero un gran sacrificio de compartir y confiar en el corazón de esa mujer. Jesús, con mirada limpia, ve en esa mujer discreta, que pasa desapercibida, que no sólo espera que nadie la vea, sino que lo desea, una mujer que ha alimentado tanto su vida de su fe que es capaz de dar/darse hasta el sacrificio de la propia comida o incluso vida. Y esa fe le entusiasma, eso sí mis queridos apóstoles, no busquéis lo que alimenta a los letrados, alimentaros de mi Padre como esta pequeña-gran mujer.

No pasa nada por tener rasgos de letrado, aún por ansiar ese reconocimiento, por hacer cosas por y para que me vean, hasta incluso por ser un mandón que se considera con recetas y soluciones para la vida de fe de los demás, porque Dios que es bondad infinita nos quiere con lo todo lo bueno y lo malo, que quizás no queramos ver, pero él conoce. No pasa nada si ponemos nuestras formas sabiondas, engreídas y vanidosas en manos de Dios, pidiéndole que aumente nuestra fe, que venga con nosotros, que le necesitamos, no pasa nada si sé que necesito de su sanación, de su resurrección de las partes en la que su Espíritu ha muerto en mí. No pasa nada por reconocerlo, por recocerme, si le pido ayuda e intento ponerme en mano de Dios.

Elena Gascón
elena@dabar.es





Exégesis...

...un análisis riguroso

Primera Lectura

Contexto. Personajes: En escena aparecen Elías y la viuda de Sarepta mientras que otros, como Ajab, rey de Israel, o su esposa Jezabel se dejan sentir entre bastidores. Desde el punto de vista social o religioso, los más importantes son el rey, su esposa y Elías, pero el relato bíblico no se fija en ellos sino en una pobre viuda. ¿Por qué?

1 Re 16,29-34 presenta al rey Ajab y a su esposa Jezabel. Por influjo de esta última, el rey hizo lo que el Señor reprueba, erigiendo en Samaria un altar a Baal, dios de la fecundidad, rindiéndole culto. El pueblo, demasiado cauteloso, sigue a su soberano e invoca también a los baales en sus necesidades. El gran paladín del Dios de Israel es el profeta Elías, cuya misión se describe en 1 Re 17,2-2 (el autor de este relato no hace biografía alguna). Para el profeta, sólo el Dios de Israel puede enviar la lluvia a su debido tiempo, y si el rey y el pueblo continúan en sus prácticas idolátricas, la lluvia nunca llegará. Gran paradoja: los dioses de la fertilidad son incapaces de enviar agua que fecunde la tierra.

La lectura de hoy sirve de prólogo al durísimo encuentro del profeta con el rey y su pueblo (1 Re 18,21), a quienes pretende, únicamente, encauzar y dirigir. Sólo al Señor de Israel se debe rendir culto y adoración; sólo la obediencia a la palabra profética hará posible la continuidad de la verdadera historia del pueblo.

Los caps. 17-18 forman una unidad coherente: al comienzo y final, una gran sequía y en medio la narración, una serie de milagros llevados a cabo por el profeta con la finalidad de confirmar la palabra de Elías.

Texto: tan claro que no necesita comentario alguno.

Sarepta es una pequeña población al sur de Sidón (Fenicia). De este territorio se han importado los baales, pero la soberanía del Dios de Israel también se extiende sobre este territorio y sus habitantes; por eso el profeta se dirige hacia allí, a casa de la viuda.

La situación económica de esta mujer, así como la de su hijo, es extrema. Preparan la última comida antes de disponerse a morir: por eso la petición de Elías suena a egoísta e inoportuna, a "soga en casa del ahorcado". ¿Quién puede creer lo que dice? La palabra profética exige una postura radical de fe "La orza de harina no se vaciará, la alcuza de aceite no se agotará" y un acto de caridad extrema: dar lo poco que se tiene. Reacción humana normal sería despedir al profeta con cara destemplada.



La fe heroica de esta mujer, así como la dádiva de lo poco que tiene, obran el gran milagro: a pesar de la gran sequía que asola todo el territorio, la viuda y su hijo encontrarán su alimento diario. Elías es el profeta del Señor y su palabra se cumple. La actitud heroica de esta anciana será recordada por Jesús en Le 4,24.

Reflexiones. En el Evangelio de hoy, la actitud de otra pobre mujer es el punto central del relato: es ensalzada por dar todo lo que tiene. La viuda de Sarepta también lo da, y a un extranjero.

¿Cómo debemos comportarnos los cristianos del siglo XX? Hoy la gran sequía que asola a la humanidad es la inmigración de muchos hombres de color o del este de Europa que no van buscando la opulencia sino pobres migajas de pan con que poder mal llenar el vientre de los suyos... ¿Cuál es nuestra reacción? Los recibimos "de uñas"; nos mofamos de ellos en los bares; surgen por doquier racismos, xenofobias...; los políticos alegan que no tienen fondos para estos casos...; los jerarcas, ni se enteran... Los mejores les dan alguna migaja de lo que les sobra. ¿Qué pensarían y dirían las dos mujeres, pobres de solemnidad, de los relatos bíblicos?

Equipo dabar
dabar@dabar.es

Segunda Lectura

El sacrificio perfecto es el de Cristo. Así podríamos resumir la lectura de hoy. Recoge ideas que ya han aparecido en la carta, como la de contraponer el santuario de Moisés al santuario verdadero, que es el del cielo, donde se presentó Cristo para interceder por nosotros. Para entrar en este santuario celeste, que estaba cerrado a los hombres, Cristo derramó su sangre (vv. 23-24).

Otra de las ideas es la de que Cristo ofreció su sacrificio una sola vez. No hacían falta más veces. Si la eficacia del sacrificio de Cristo hubiese sido limitada, se habría tenido que sacrificar una y otra vez, tantas como los pecados de la humanidad exigiesen. Pero se recalca que la muerte de Jesús tenía que suceder una sola vez, porque con esta muerte y por el sacrificio que suponía, fue abolido el pecado.

Así, si el sacrificio de Cristo no hubiese sido definitivo, habría tenido que sufrir mucho desde la creación del mundo. Su sacrificio ha sido único y eterno (vv. 25-26).

Sigue hablando el autor de la muerte de Cristo y establece una comparación: así como los hombres mueren una sola vez y después viene el juicio, de la misma forma Cristo entregó su vida una sola vez y vendrá por segunda vez, no para ser juzgado, sino para juzgar. Hay una diferencia entre las dos venidas de Cristo: En la primera venida "tomó los pecados de la multitud"; en la segunda venida aparecerá "sin relación con el pecado". Estará ya libre de esta carga (vv. 27-28).

Se podría decir, la nueva alianza y la antigua se ratifican con un sacrificio. Pero, mientras en la antigua alianza el sacrificio es ritual, en la nueva alianza el sacrificio es existencial. También en el sacrificio de Cristo hay muerte y derramamiento de sangre, pero su sacrificio desborda a los del Antiguo Testamento porque es único y definitivo. Cristo ha abierto el camino hacia Dios y nosotros podemos esperar con alegría la salvación.

Pero, ¿en qué consistió este sacrificio?: se ofreció a sí mismo, se entregó por nosotros. Su sacrificio había comenzado en la encarnación y llegó a su culmen en la pasión, cuando derramó su sangre. Su sacrificio es único porque lo realizó de una vez para siempre, no como los sacrificios de la antigua alianza, que eran muchos e ineficaces.

Rafael Fleta
rafa@dabar.es



Evangelio

Contexto

La liturgia se salta, respecto del domingo anterior, la perícopa Mc 12, 35-37 en la que se recoge la autodenominación de Jesús como Mesías, hijo de David. El contexto es el mismo que entonces. Dos perícopas componen este breve texto. Por un lado (vv. 38-40), Marcos nos ofrece la versión resumida que Mateo extiende a un largo discurso contra fariseos y escribas. Pero no parece una composición original puesto que hay un gran salto entre los vv. 38, el 39 y el 40. En líneas generales, Jesús no se dirige contra la doctrina de los escribas sino contra su proceder. Y, por otro (vv. 41-44), el óbolo de la viuda, que parece incluido aquí por la mención de la palabra viuda en la anterior y vuelve a poner de manifiesto la falsa religiosidad de los fariseos.

Texto

El juicio contra los escribas (vv. 38-40). Los vv. 38s. recogen la vanidad y el deseo de honores de los estos. A pesar de que su actividad como maestros de la ley debía ser gratuita, se aprovechaban de su posición frente a los más débiles y desvalidos de la sociedad a quienes demandaban un pago por sus servicios. Existía la costumbre de que aceptaran pago de ciertas mujeres y se aprovechaban de su hospitalidad. Por eso, Jesús hace recaer sobre ellos el mismo reproche que Isaías (1,17.23; 10,2). Aunque evidentemente, no todos se comportasen así. Estas serán las últimas palabras públicas de Jesús en la obra de Marcos.

El óbolo de la viuda (vv. 41-44). En el atrio de las mujeres estaba la cámara del tesoro, con trece huchas para diferentes donativos destinados al culto. La última de ellas estaba destinada a las limosnas voluntarias. Pero los fieles no podían depositarlas ellos mismos, sino a través de un sacerdote indicándole el destino de este. El hecho de mencionar dos monedas, nos indica que podría haber dado menos. Los reales son, en realidad, dos "lepta" y Marcos aclara que equivalen a un cuarto de as, moneda romana de bronce y unas tres onzas. Jesús es consciente que esa cantidad supone todo el haber de la viuda y lo aprovecha para instruir a los discípulos. Su ofrenda supone un auténtico sacrificio, frente a los mayores donativos de otros. La viuda aportó lo que tenía para sobrevivir aquel día. La moral que se desprende de que las limosnas estén en consonancia con el poder adquisitivo de cada uno no es algo nuevo, ya está recogida en la literatura judía, la griega precristiana, incluso en tradición china que cuenta una leyenda de Buda. Como la conocida regla áurea (no hagas a los demás lo que no te gustaría que te hiciesen a ti) no es algo específicamente cristiano.

Pretexto

Tanto los letrados como las viudas pertenecían a un nivel económico bajo. Pero Jesús se esfuerza en establecer las diferencias entre ambos, por un lado, quienes gustan de empavonarse y valerse de la religión para saciar su codicia, y por otro quienes desinteresadamente se dan incluso a sí mismas.

El letrado conocedor de la ley mosaica se esforzaba en cumplir la ley, en su forma, pero no en el fondo, cosa que Jesús les critica una y otra vez. La viuda, sin conocer apenas la ley, conoce el verdadero sentido de esta, es lo que hoy llamaríamos el sentido de la fe del pueblo. La viuda sabe dar a Dios lo que le pertenece aún a costa de sí misma.

De nuevo, la Palabra de Dios nos quiere dar un ejemplo a imitar a través de las mujeres, esta semana especialmente en las viudas. Viudas que son capaces de depositar su confianza en Dios, que ponen su vida en las manos de Dios, que confían en él como los pájaros del cielo o los lirios del campo.

¿Con qué intención me acerco a la Iglesia, con la del letrado o con la de la viuda? ¿soy capaz de confiar hasta el punto de darme a mí mismo, hasta el punto de poner en juego aquello que es vital para mí?



Un sacerdote...

Jesús se entrega por nosotros, tal como nos recuerda la segunda lectura de hoy. Él es el sacrificio perfecto. Jesús asciende al cielo para interceder por nosotros. Él nos abrió las puertas del cielo derramando su sangre. Él demostró así su total confianza, su fe, en Dios Padre cuyos planes, si los conocía no serían muy de su agrado, incluso en la oración del monte de los olivos su oración es que no le haga pasar por ese sufrimiento.

Mientras que los sacerdotes del Antiguo Testamento tenían que estar derramando sangre animal sobre los alteres, Cristo, entregando su propia sangre, hizo que nuestros sacrificios a partir de Él sean incruentos, ya no necesitamos derramar más sangre. Su sacrificio fue único y definitivo de forma que lo único que Dios va a reclamar de nosotros es solo nuestras buenas acciones, como esas que Dios realizó por medio de Cristo Jesús y de otros personajes de la Antigua Alianza. Algunos de los que llevan a cabo hoy esas acciones son los que llamamos santos, sean o no reconocidos oficialmente, pero todo el que acepta la voluntad de Dios y se entrega para que Dios actúe por medio suyo es santo.

Y dos viudas

Una de esas acciones que quiere Dios son las que tenemos recogidas en la primera lectura y el evangelio. La situación en la que quedaban las viudas en un mundo en que la mayoría de la población carecía de derechos era realmente difícil. Las viudas, como mujeres, no podían realizar negocios, no podían trabajar, su única esperanza era que alguno de sus hijos la acogiese y mantuviese.

Las dos viudas parece que no disponen de nada. Incluso, la que aparece en la lectura narrativa con Elías, llega a manifestar que lo único que le queda es morir junto a su hijo

Notas para la Homilía

pequeño. Ambas mujeres demuestran su total confianza en Dios, entregando lo único que tienen como sustento para cumplir la voluntad de Dios.

Podemos entender que nosotros debemos hacer lo mismo, pero también podemos fijarnos en la situación de desamparo de esas viudas y tratar de aliviarla. ¿Nuestra confianza llega hasta el punto de entregar lo que tenemos para nuestro sustento?

¿O nuestras actitudes se parecen más a las de los letrados que solo entregan de lo que les sobra y para que nos vean los demás y digan lo buenos que somos?

Lo que Dios quiere de nosotros no es nuestro dinero, sino nuestros corazones, nuestra entrega total y absoluta. Debe conmovernos la entrega que demuestran las viudas, no lo que dan, sino que lo que dan es su vida.

Muchas veces hemos sido responsables de el cambio de valores en la comprensión del evangelio dando más importancia a la cantidad que a la calidad; o, si preferís, a la caridad que hay en cada una de esas entregas.

Entreguémonos a los demás, démonos, sigamoselejeemplodeJesúsya autodonémonos, sin reservas, sin condiciones.

Confíemos sin medida. Amemos sin medida. Porque es la única medida posible.



“Os aseguro que esa pobre viuda ha echado en el arca de las ofrendas más que nadie”

(Mc 12, 43)

Para reflexionar

En la antigüedad no existían las pensiones de viudedad ni las ayudas o seguros sociales, resultaba difícil que accedieran al mundo laboral o que dispusieran de medios económicos propios, solo cabía que algún pariente se hiciera cargo de ellas y que ninguna persona sin escrúpulos se aprovechara de ella. En la tradición judía había mandamientos para que el pueblo cuidara de las viudas. Por eso, cualquier pequeña cantidad, para ellas era una fortuna. Para Jesús la acción no pasa desapercibida. Ninguna ley podía exigir a la viuda que entregara su sustento, por lo que fue una ofrenda voluntaria. Una ofrenda que sale del corazón. Lo que Dios pide de nosotros son nuestros corazones, no nuestros bolsillos. Si la ofrenda de la viuda tiene valor es porque en esa ofrenda está toda su vida.

El entregar todo de lo que dispone para su sustento no es más que un signo de la confianza plena y absoluta en el Señor.

Hay algunos que ponen demasiado énfasis en entregar el diezmo a Dios, mientras que nos permiten hacer con el noventa por ciento restante lo que nos parezca. Pero, hay que insistir, Dios no quiere nuestro dinero, sino nuestras vidas, por eso, lo que nos queda no es para lo que nos parezca sino para hacer un buen uso de lo que Dios nos da.

Nuestra ofrenda a Dios poca o mucha, no debe dejar de existir como simple testimonio de nuestra entrega personal. Si esta no existe, de nada sirve la otra.

No dejemos de reflexionar sobre la ofrenda de la viuda y la de los ricos. No dejemos de conmovernos ante las madres desvalidas, ante las viudas. ¿Qué similitudes encontramos entre la ofrenda de la viuda y la entrega de Cristo? ¿qué concepción tiene Jesús de las riquezas a lo largo de los evangelios?

Para la oración

Padre bueno, transforma nuestros corazones para que seamos capaces de desprendernos de todo y quedarnos solo con la confianza en Ti y que en ellos habite Tu Palabra. Te lo pedimos a ti, que vives y reinas...



Como la viuda de Serepta, te presentamos lo que tenemos, permite que estos dones que te presentamos se multipliquen dentro de nosotros en obras de vida que construyan Tu reino. PJNS.



Gracias, Padre amoroso, por todo lo que haces por nosotros, pero especialmente, queremos agradecerte que nos hayas enviado a tu Hijo, que se entregó por la remisión de nuestros pecados. Él nos enseñó el verdadero sentido de la caridad y del amor. Él, como la viuda de Serepta, confió totalmente en Dios. Él nos mostró que el verdadero amor no se reserva nada para sí, que solo es autodonación, como lo hizo la viuda del evangelio, entregando lo que tenía para su sustento. Él es nuestro maestro en la fe, en la confianza absoluta en Ti. Y, Él nos legó su santo Espíritu para que fuésemos capaces de vivir desde esa misma confianza y compartir todo lo que tenemos y somos. Por eso, con todos los que están contigo en el cielo y los que nos han precedido en la fe, te cantamos...



Te damos gracias, Padre de bondad, porque nos has permitido compartir en esta celebración un poco de vida y oración. Haz que los alimentos que hemos recibido sean los que impulsen nuestra confianza en Ti y nuestro amor por los que nos rodean en cada momento de nuestra vida. PJNS.

Cantos

Entrada: Reunidos en el nombre del Señor (Palazón).

Salmo: LdS.

Aleluya: 1 CLNE 3.

Ofertorio: Llevemos al Señor (en "16 cantos para la Misa"; C. Erdozain)

Santo: 1 CLNI 3.

Comunión: Amar es darse; Te conocimos al partir el pan. (1 CLN – O 25); Beati voi poveri (en "Venite Exultemus". Taizé).

Final: Anunciaremos tu Reino, Señor. (1 CLN 402); Madre, óyeme (C. Gabaráin).

La misa de hoy

Monición de entrada

Sed bienvenidos a esta celebración de nuestra comunidad. Aproximándonos al final del año litúrgico, la liturgia nos invita a reflexionar, de nuevo, sobre nuestra relación con los hermanos. Nos acercaremos a la mesa de la Palabra y compartiremos el Pan, como hizo la viuda de Sarepta. Nuestra oración debería ser para que lo que vivimos aquí lo hagamos realidad en nuestra sociedad cada día.

Saludo

Dios, Padre, que se apiada de los necesitados; el Hijo, que nos enseña el verdadero sentido de la caridad; y el Espíritu santo, que mueve nuestros corazones a la compasión, estén con todos nosotros.

Acto penitencial

Siempre que nos acercamos a Tu altar sentimos que somos imperfectos ante tu perfección y que podríamos hacer más por los que cada día nos pones en nuestros caminos.

-Tú que te preocupas por todos nosotros. Señor, ten piedad.

-Tú que sabes de nuestras necesidades antes de que las pidamos. Cristo, ten piedad.

-Tú que nos muestras el verdadero sentido del amor. Señor, ten piedad.

Dios que nos quiere sobre todas las cosas, perdone las faltas que hemos podido cometer por nuestra condición humana y nos acepte en su mesa para compartir su pan con nosotros. PJNS.

Monición a la Primera lectura

El libro de los Reyes nos relata el milagro obrado por medio de Elías en el que Dios restablece la justicia, porque no es justo que una madre viuda muera de hambre con su hijo.

Salmo Responsorial (Sal 145)

Alaba, alma mía, al Señor.

Que mantiene su fidelidad perpetuamente, que hace justicia a los oprimidos, que da pan a los hambrientos. El Señor liberta a los cautivos.

Alaba, alma mía, al Señor.

El Señor abre los ojos al ciego, el Señor endereza a los que ya se doblan, el Señor ama a los justos, el Señor guarda a los peregrinos.

Alaba, alma mía, al Señor.

Sustenta al huérfano y a la viuda y trastorna el camino de los malvados. El Señor reina eternamente, tu Dios, Sión, de edad en edad.

Alaba, alma mía, al Señor.

Monición a la Segunda Lectura

Mientras que los antiguos sacerdotes tenían que ofrecer sacrificios permanentemente por sus pecados, Cristo se ha entregado a sí mismo para destruir el pecado, por eso ahora nuestro sacrificio es incruento.

Monición a la Lectura Evangélica

Las viudas en el mundo judío eran extremadamente vulnerables. Si no tenían hijos que las pudieran mantener, no les quedaba más que retirarse a morir solas. Su ofrenda, por pequeña que sea, lleva su vida entera.

Oración de los fieles

Con la confianza que demostró la viuda, pidamos al Señor de nuestras vidas, diciendo: "Ayúdanos a confiar en Ti".

-Para que la Iglesia sea ejemplo frente a todas las naciones de caridad y confianza. Oremos.

-Para que los que tienen en sus manos los destinos de los pueblos escuchen las enseñanzas de Jesús y compartan sus recursos. Oremos.

-Para que seamos capaces de imitar la confianza de las viudas y de los niños que aparecen en los evangelios. Oremos.

-Para que los que sufren los efectos de la pandemia y de los desastres naturales confíen en el Señor y nosotros sepamos ser su sustento. Oremos.

-Para que nuestros difuntos valorados por su entrega se encuentren en el regazo del Señor. Oremos.

-Para que nuestra comunidad (parroquial) esté abierta a los necesitados. Oremos.

Dios y Padre nuestro, acoge esta oración y no olvides las que se han quedado en todos nuestros corazones. Te pedimos que atiendas aquellas que alimenten en nosotros el deseo de estar cada vez más cerca de Ti y de nuestros hermanos. PJNS.

Despedida

Con la confianza en Dios que nos han enseñado las viudas de las lecturas de hoy, vayamos en paz.



Dios habla

Lecturas propuestas para la Liturgia

Domingo XXXII Ordinario, 7 noviembre 2021, Año XLVII, Ciclo B

I REYES 17, 10-16

En aquellos días, el profeta Elías se puso en camino hacia Sarepta, y, al llegar a la puerta de la ciudad, encontró allí una viuda que recogía leña. La llamó y le dijo: «Por favor, tráeme un poco de agua en un jarro para que beba». Mientras iba a buscarla, le gritó: «Por favor, tráeme también en la mano un trozo de pan». Respondió ella: «Te juro por el Señor, tu Dios, que no tengo ni pan; me queda sólo un puñado de harina en el cántaro y un poco de aceite en la alcuza. Ya ves que estaba recogiendo un poco de leña. Voy a hacer un pan para mí y para mi hijo; nos lo comeremos y luego moriremos». Respondió Elías: «No temas. Anda, prepáralo como has dicho, pero primero hazme a mí un panecillo y tráemelo; para ti y para tu hijo lo harás después. Porque así dice el Señor, Dios de Israel: “La orza de harina no se vaciará, la alcuza de aceite no se agotará, hasta el día en que el Señor envíe la lluvia sobre la tierra”». Ella se fue, hizo lo que había dicho Elías, y comieron él, ella y su hijo. Ni la orza de harina se vació, ni la alcuza de aceite se agotó, como lo había dicho el Señor por medio de Elías.

HEBREOS 9, 24-28

Cristo ha entrado no en un santuario construido por hombres imagen del auténtico, sino en el mismo cielo, para ponerse ante Dios, intercediendo por nosotros. Tampoco se ofrece a sí mismo muchas veces como el sumo sacerdote, que entraba en el santuario todos los años y ofrecía sangre ajena; si hubiese sido así, tendría que haber padecido muchas veces, desde el principio del mundo-. De hecho, él se ha manifestado una sola vez, al final de la historia, para destruir el pecado con el sacrificio de sí mismo. Por cuanto el destino de los hombres es morir una sola vez. Y después de la muerte, el juicio. De la misma manera, Cristo se ha ofrecido una sola vez para quitar los pecados de todos. La segunda vez aparecerá, sin ninguna relación al pecado, a los que lo esperan, para salvarlos.

MARCOS 12, 38-44

En aquel tiempo, entre lo que enseñaba Jesús a la gente, dijo: «¡Cuidado con los letrados! Les encanta pasearse con amplio ropaje y que les hagan reverencias en la plaza, buscan los asientos de honor en las sinagogas y los primeros puestos en los banquetes; y devoran los bienes de las viudas, con pretexto de largos rezos. Éstos recibirán una sentencia más rigurosa». Estando Jesús sentado enfrente del arca de las ofrendas, observaba a la gente que iba echando dinero: muchos ricos echaban en cantidad; se acercó una viuda pobre y echó dos reales. Llamando a sus discípulos, les dijo: «Os aseguro que esa pobre viuda ha echado en el arca de las ofrendas más que nadie. Porque los demás han echado de lo que les sobra, pero ésta, que pasa necesidad, ha echado todo lo que tenía para vivir»

